

remos que tal meditacion no sea infructuosa para nosotros. Triunfen, por lo tanto, de nuestra obstinacion, el contento, la riqueza y la felicidad; que debemos reportar de nuestra virtud; venzan nuestra dureza la gloria, la paz y los tesoros, que recibiremos, en premio de nuestra virtud, en el reino de los Cielos. Botones dorados rodearán entónces nuestro corazon, igualmente; doradas florecillas sustentarán nuestra alma, y doradas diademas ceñirán nuestras sienes; y nosotros, ricos con la posesion de la virtud, y viviendo contentos y dichosos en ella, entonaremos himnos á Aquella, que, con el ejemplo de su vida, y con el poder de su brazo, habrá sabido hacernos sus fieles imitadores.

¡Oh tierna Madre! fomentad y estableced en nuestros corazones religiosos designios. Sea la virtud, desde hoy, nuestro manto, nuestra túnica y nuestra corona. Dirija ella nuestras miradas, modere nuestros razonamientos, acompañe todas las acciones de nuestra vida. Ilumine nuestros entendimientos en nuestras dudas, fortalézcanos en nuestros peligros, defiéndanos en las tentaciones. Palpite por ella nuestro corazon, viva por ella nuestra alma, y obre por ella nuestro espíritu. ¡Oh Madre santísima! no nos abandoneis, os lo suplicamos; no nos priveis de vuestro poderoso auxilio. El habernos Vos hablado durante estos dias consagrados á vuestras glorias, nos infunde la segura esperanza de ser protegidos por Vos, á fin de que podamos poner en práctica cuanto Vos nos enseñasteis con vuestro ejemplo. ¡Ah! así lo esperamos, pues harto ciertos estamos de la clemencia de vuestro corazon. Y ¿qué contento no será el nuestro? Viviendo siempre unidos á vuestro amoroso corazon, por medio del ejercicio de la virtud, y estrechados entre vuestros maternales brazos, seremos dichosos en medio de las miserias de este mundo, y bienaventurados en los esplendores de la gloria.

DIA VEINTE Y NUEVE.

EL TULIPAN,

Ó SEA:

LA BELLEZA DE MARÍA.

Quam pulchra es, amica mea, quam pulchra es!

Que hermosa eres, amiga mia, que hermosa eres!

(CANT. IV, 1.)

Habiendo visto ya, y considerado atentamente, hermanos míos, las bellezas del jardín Mariano, de aquel jardín, al cual nuestra santísima Madre misma nos ha conducido amorosamente por la mano, á fin de que procurásemos coger, acá y acullá, algunos vástagos y plantarlos en el árido terreno de nuestro miserable corazon; hénos, finalmente, en lo más interior de ese misterioso sitio; hénos en aquel terreno reservado, en el cual con brillantes caractéres de oro, de rubíes y de perlas está escrito: *¡Oh mortales! detenéd, atónitos, vuestro paso; inclinad, reverentes, vuestra frente; postraos en adoracion con vuestro cuerpo: santo es este lugar: sus flores no pueden tocarse; admirad y enmudeced.* En efecto; dicho lugar hállase maravillosamente cubierto de una luz, que nada tiene de terrenal; y sus rayos, convergiendo con los de aquel Sol más brillante que allí resplandece en su mediodía, forman un resplandor el más maravilloso y sublime. Doblando, pues, nuestra frente, con humilde compostura, y nuestro cuerpo postrado, despues de haber ofrecido el homenaje de la más sagrada adoracion, y hecho un firme propósito, toda vez que no sea lícito tocar nada, sinó permitido entrar solamente; penetremos con confianza en la misteriosa morada, fijando nuestra mirada en los deliciosos arcanos que se hallan encerrados en ella con tal profusion. ¡Dios mio! ¿qué de prodigios de grandeza, de majestad, y de decoro no admiraremos?

Sus umbrales hállanse custodiados por alados Querubines, y los más amorosos y abrasados Serafines guardan su interior. El terreno que huella el pié es dorado; esmaltados están de perlas y rubíes los receptáculos, en los cuales las aguas penetran á manera de chorros, de surtidores y de cascadas; y melodiosas son las armonías producidas por los celestiales instrumentos que resuenan por do quiera. En medio de las fuentes y los riachuelos, en medio del oro y de las perlas, destácase una tierra virgen, en la cual se abren las flores más maravillosas y peregrinas. Y ¿qué flores nos detendremos, pues, en contemplar, durante estos últimos días de nuestros venturosos paseos por ese sitio deliciosísimo, hermanos míos? ¿Qué flores, repito, escogeremos esta noche, para formar de ellas el objeto de la admiración de nuestro ya extasiado espíritu? ¡Ah! no vacilemos ni un punto, hermanos míos. Escojamos la flor que se presenta, en primer lugar, á nuestras solícitas miradas. ¿No la adivináis? Es el gracioso Tulipan, el emblema, y el símbolo de la belleza de María. ¡Oh! cuán bella es esa flor, cómo atrae nuestras miradas, cómo deleita nuestros sentidos! Erguida sobre su frondoso tallo, adornado de hojas largas de un verde el más vivo y resplandeciente, surgen los variadísimos vasos ó cálices que la coronan; y cual de ellos parece vestido de oro ó de plata, cual de púrpura ó de color de lila; estos tiran á violeta ó encarnado; aquellos se cubren de un color de rosa ó de amarillo. Y aquí nótese un vaso matizado de infinitos colores; allí, otro recamado de innumerables bellezas; mas léjos, un tercero, compendiando en sí todos los demás matices. Los pétalos de esa flor son puntiagudos, mas sus formas no por eso desmerecen; sus estambres son parduzcos, mas el encanto no disminuye; sus corolas son ahuecadas, mas ese ahuecamiento aún sirve para darle mayor grandeza y atractivo. ¡Oh! cuán lindas y agraciadas son dichas flores! ¡Cómo conquistan el imperio y la preeminencia en nuestro corazón! Y allí, en aquella alfombra, ó red deliciosísima, formada por ella con tal arte, hállanse colocadas de tal suerte, que siendo en el centro más majestuosas y más modestas, hácia los bordes no permiten que el ojo del observador se sustraiga á su belleza; y éste, incierto, por decirlo así, de si está contemplando flores escogidas, ó más bien, preciosas Margaritas, jamás se saciaría de admirar tantas maravillas allí reunidas.

¡Oh! sí, es verdad, mis amados hermanos; nuestra mirada jamás se cansaría de admirar la belleza del místico Tulipan, de nuestra Madre santísima. Y ¡afortunados seríamos, si nos fuese dado penetrar en el fondo de tan sublime belleza! Probémoslo, pues, sí, probémoslo;

y ya que no podamos gloriarnos de reproducirla en nosotros mismos, nazca al ménos dentro de nosotros, el vehemente deseo de ir un día á admirarla en la sublime residencia del eterno jardín, entre los esplendores de su gloria sempiterna. Pidamos esta gracia: A. M.

El real Profeta había dicho, que el futuro Redentor del mundo, sería el más hermoso entre los hijos de los hombres: *Speciosus forma præ filiis hominum* (PSAL. XLIV, 5); y entusiasmado, por decirlo así, ante tan sublime belleza, dirigiase á su Madre, y con voz profética le decia: Escucha ¡oh hija! tu Rey, que será un día tu Hijo; aquel Dios, que en la plenitud de los tiempos, tomará carne en tu seno; aquel, cuya belleza enamora al Paraíso; te escogerá á Ti, precisamente, por Madre; á Ti, la más bella entre las hijas de Judá, á Ti, cuyo rostro invocarán los magnates del pueblo: *Concupiscet Rex decorem tuum... vultum tuum deprecabuntur* (IBID. 15. 14). Y ¡oh! ¿quién me diera contemplar en espíritu, como lo hizo el profeta de Patmos, una belleza tan maravillosa? ¡Ah! cómo entónces mi corazón quedaría extático por el estupor, y atónita mi mente! Entónces, sí, que debiera yo también exclamar, que esa era una belleza nunca vista, nunca oída y jamás imaginada por humano corazón alguno: *Nec oculus vidit, nec auris audivit, nec in cor hominis ascendit* (1. COR. II, 9). Y ¿qué belleza no será, pues, aquella, mis amados hermanos, que atrae las miradas del Paraíso, y hiere el corazón mismo del Altísimo? Y ¿no oís, acaso, como El, el Amado, está gritando: *Vulnerasti cor meum, soror mea, vulnerasti cor meum in uno ictu oculorum tuorum?* (CANT. IV. 9.) ¿No oís como está repitiendo: *Ecce tu pulchra es, amica mea, ecce tu pulchra es?* (IBID. I. 14.)

¡Ah! el Amado de los siglos eternos, siéntese tan prendado de belleza tan sobrehumana, que esa es la que intenta expresar, por decirlo así, en todas las obras de su diestra creadora. De manera, que cuando colocó la luna en medio del cielo: ésta, dijo, ésta es mi Amada en figura. Y cuando hizo salir la aurora sobre los montes: ésta, repetía, esta es la perfecta imagen de mi Paloma. Y cuando hizo aparecer por entre el desgarrado seno de las nubes, el iris, con sus siete colores simples: aquí, exclamó: aquí he encerrado la indecible belleza de mi Amiga. Consideradla, pues, esa belleza, bajo esas pálidas figuras, mis amados hermanos. ¿No veis la luna en una serena noche de primavera, á la sazón en que reinan los apacibles vientos, y las nubes no cubren la tierra, ni el aire se halla impregnado de vapores? ¡Oh! cuán bella resplandece en medio del Cielo, cómo ofusca la belleza de todos los planetas circunstantes, cómo re-

crea nuestros ojos, sin dañarlos en lo más mínimo, cómo disipa las tinieblas, convirtiéndolas en claro día! María, es, pues, ¡oh cristianos! *pulchra ut luna* (IBID. VI. 9). ¿No veis aquel rayo trémulo, que asoma por encima de los collados, se difunde por todas partes, y renueva toda belleza? ¿No veis cómo reanima los amortiguados colores, cómo invita á las aves á modular sus cantos, y cómo sus vivos esplendores refléjanse en las límpidas fuentes? ¡Oh! cómo en tales momentos la luz aparece más bella, y cuán encantador es el aspecto de sus rayos luminosísimos! ¡Oh! ¡cuán gratos no son aquellos destellos, que siendo más intensos á cada instante, véense sensiblemente diseminarse sobre la creacion entera! María es, pues, mis amados hermanos: *ut aurora consurgens*. (IBID.) ¿No veis aquel arco majestuosísimo, que parece envolver por todas partes el úrmamento; procurando competir en grandiosidad con la inmensidad misma de los cielos? ¡Oh! cómo atrae la mirada con la viveza de sus colores! cómo arrebató el ánimo con la combinacion de sus tintas! cómo encanta al alma con su grata belleza! María es, pues, hermanos míos, ese arco: *Arcum meum ponam in nubibus*. (GEN. IX. 15).

Y ¿qué belleza hay, pues, en la naturaleza, que no hable de la belleza de María? En lo anchuroso del mar es donde os es dado comprender la magestad de su continente; en el destlumbante resplandor del sol, es donde encontrais el brillo de su mirada; y en el plateado riachuelo, es donde podeis admirar la nitidez de su frente. Y el oro os anuncia la belleza de su cabellera, el precioso rubí os habla de sus lábios, y la rosa os muestra el color encendido de sus mejillas. Y ora veis la modestia de sus ojos en la tortolilla, la simplicidad de su mirada en la paloma, y la inocencia de su rostro en la cervatilla. Todo, en suma, cuanto admirais en la naturaleza, cuanto en ella os arrebató y os extasía, todo os habla de María; todo os anuncia sus raras prendas, todo os pregona su portentosa belleza, todo os la representa cual místico Tulipan de los eternos jardines.

¡Oh! afortunadas fueron, en verdad, aquellas gloriosas heroínas, á la cuales fué dado, un día, preconizar tan sublime belleza! pero más afortunados fueron aquellos que pudieron contemplarla con sus propios ojos, cuando aún nuestra Madre vivía sobre este suelo. Y afortunadísimos, sobre todo, son aquellos, que hoy están contemplándola en el reino de todas las bellezas, en el Paraíso. ¡Ah! ¿por qué, pues, no descendeis vosotros, en este día á la tierra, y no procurais vosotros mismos describirnos tan peregrina belleza? Y Vos, místico Tulipan, Vos, Madre nuestra agraciadísimas; ¿por qué no os manifestais en este momento á nuestras almas? ¡Ah! mis amados herma-

nos; ¿acaso no sentís rebosar vuestros corazones de consuelo y de alegría á ese solo pensamiento? Y, sin embargo, hasta ahora no hemos considerado más que el exterior de ese místico Tulipan; todavía no nos hemos internado en la meditacion de aquellas interiores bellezas, que la ensalzan en el jardín sobre las demás florecillas circunstantes. En una palabra, hasta aquí hemos visto la belleza externa y corporal de María, mas no la espiritual é interna. ¡Oh! qué vasto campo se ofrece ahora á mi discurso, carísimos hermanos! Observad, pues; fijad vuestros ojos en ese graciosísimo Tulipan; procurad contemplarlo en la base de su corola. ¿No veis aquel néctar suavísimo que, continuamente, destila las abundantes gracias de que se halla lleno, y las innumerables virtudes que lo adornan? ¿No observais aquellas ocultas alas, aquellas sorprendentes labores, que la naturaleza ha derramado allí con profusion? Esas: son las dotes de que lo ha colmado el celestial Agricultor. Hé aquí, hé aquí, pues, la belleza interior de aquella alma eminentísima: abundancia de gracia, cúmulo de virtudes y grandeza de privilegios. Abundancia de gracia; y ¿quién pudiera calcularla, mis amados hermanos? Habiendo sido santificada en el seno de su Madre, puesto que fué concebida sin la mancha original, recibió tal abundancia de gracia, desde aquel primer instante, que sobrepujó á la que recibieron cuantos comprensos hay en el Cielo. Y una vez confirmada María en la misma gracia, no pudo ménos de acrecentarla en todas sus acciones, en todas sus palabras, y en todos los latidos de su corazón sacratísimo; y en tal grado la acrecentó, que bien pudo el Angel, en el acto de la Anunciacion, saludarla llena de gracia: *Ave gratia plena*. Y ahora, hermanos míos, notad un nuevo prodigio de gracia. Mientras que María es saludada por el Angel, colmada de gracia, se le anuncia, que el Espíritu Santo descenderá sobre ella y la cubrirá con su sombra: *Spiritus Sanctus superveniet in te*. ¡Ah! con sobrada razon el Altísimo había figurado á María en aquel riachuelo, que se convierte en vastísimo mar; en la vid fructífera, que produce por miles y miles sus frutos; y en los aromáticos bálsamos, que exhalan cada vez con más intensidad sus deliciosos perfumes.

Y como consecuencia de tanta gracia, ¿cuál pudierais creer fuera la abundancia de sus virtudes? ¡Ah! que éstas son, precisamente, las que hacen de ella un alma verdaderamente bella, inmensamente rica, y sumamente preciada! Siendo María la excelsa mansion del Altísimo, descansa sobre siete columnas colocadas en Ella por el mismo Dios; á saber: la fe, la esperanza, la caridad, la prudencia, la justicia, la templanza, y la fortaleza; y estas sublimes columnas hállanse cubier-

tas y embellecidas por otras tantas preciosas cortinas, ó velos, que son la modestia, la pureza, la inocencia, el silencio, el recogimiento, el fervor y la soledad; y los más ricos anillos de la humildad, de la oración y de la meditación, armonizándose con aquellas virtudes, forman un pabellon magestuosísimo, y sublime. Y en torno de las columnas engarzadas con los anillos, colocadas con todo primor sobre las preciosas cortinas, resplandecen con admirable encanto las perlas y las joyas más ricas y peregrinas; y brillan, principalmente, los topacios, las amatistas, los rubies, el crisólito, la esmeralda y el zafiro, símbolos todos de las virtudes más excelsas. Y en medio de tanta gloria, entre unos tesoros tan preciosos, en el centro de tal profusión de riquezas, levántase una majestuosa silla, un trono encumbradísimo, que es todo él un foco del amor el más intenso y el más puro; y sobre ese trono, precisamente, adornada de un manto de zafir y de púrpura, coronada de una diadema y una guirnalda, y enriquecida con los más preciosos collares de perlas y pedrería, siéntase como majestuosa reina, la bella alma de María; jardín colmado de peregrinas bellezas; cielo que encanta por la infinidad de sus estrellas; paraíso que enamora por la variedad de sus dotes. Dotes que la enaltecen cual Hija, cual Madre y cual Esposa del Altísimo; dotes que la anuncian Virgen fecunda, Madre inmaculada; dotes que la declaran Reina del cielo, Emperatriz de la tierra, Soberana del universo.

¡Ah! mi mirada, amados hermanos, no puede resistir por más tiempo la contemplación de tan inaudita belleza; y mi propia estupefacción me obliga á bajar los ojos al suelo, deslumbrados y vencidos por el resplandor que tal belleza despide. Y no yo, simplemente, vil insecto de la tierra, sér miserable y desvalido, sino el mismo altísimo Dios, vencido por la complacencia en su obra predilecta: ¡Oh! qué hermosa eres, exclama, qué hermosa eres! Tus ojos son como los de la inocente paloma; semejantes al pelo de los rebaños de cabras son tus cabellos; tus dientes son como hatos de ovejas trasquiladas. Iguales á una cinta de escarlata son tus labios; dulce es tu hablar; miel y leche se esconden debajo de tu lengua. Tus mejillas semejan dos rosas bellísimas. Tu cuello es como la torre de David, ceñida de baluartes. Mil escudos cuelgan de ella, arneses todos de valientes. Son tus labios un panal que destila miel, y el olor de tus vestidos es como olor de suavísimo incienso. ¡Oh! qué hermosa eres, amiga mía, paloma mía, amada mía; qué hermosa eres!

¡Oh Madre! oh místico Tulipán! oh belleza inexplicable! ¿qué podrá decir, pues, de Ti mi boca? ¿qué podrá imaginar jamás de Ti mi pensamiento?

Una última comparación me resta ¡oh cristianos! para conocer mejor la doble belleza de nuestra Madre María, bien que esa comparación se halle siempre distante de la verdad. ¿No veis aquel Templo, que se levanta majestuoso sobre las excelsas cumbres de los collados más eminentes? Pues bien; aquel Templo es la imagen de la belleza de María. De esa belleza os habla el átrio exterior con lo espacioso de su vestibulo, con la preciosidad de sus muros, con la rareza de aquellos cedros; de esa belleza os habla el átrio de los sacerdotes, con la majestad de su altar; las columnas, con aquellos chapiteles en forma de azucenas, con aquellas gradas esparcidas allí á centenares; de esa belleza os habla el interior del Santuario, con aquellas entalladuras las más sublimes, con aquel oro derramado allí con la mayor abundancia, con todo aquello, en suma, que hizo y hará de dicho monumento la admiración de los siglos. Y ¿qué belleza no será, pues, aquella, hermanos míos, que mereció ser simbolizada en ese augustísimo Templo? ¡Oh! imaginadla si podeis, hermanos míos, pues, por mi parte, no estando de ningún modo satisfecho con la imaginación, no puedo ménos de expresaros mi ardiente deseo de ir presto á contemplar esa sobrehumana belleza en el Paraíso.

¡Ah! mis amados hermanos; y ¿cómo no desearlo ese día, en el cual nos sea dado admirar en los eternos jardines el maravilloso Tulipán, nuestra Madre santísima? Y ¿qué nos retiene, pues, en esta tierra de miserias? ¿Qué nos seduce en esta patria de tristeza y luto? ¿Acaso la frescura de la aurora, el candor de la luna, el vivo resplandor del sol, la majestad de las estrellas, la abundancia de las aguas, la riqueza del suelo? ¡Ah! mis amados hermanos; una aurora más fresca existe en las mejillas celestiales de María; su frente es incomparablemente más candorosa que la luna; sus perspicacísimas miradas más esplendentes que el sol; las estrellas están destinadas á servir de corona á su cabeza; la abundancia de las aguas se halla en sus manos santísimas; y su alma es más rica que todas las riquezas de la tierra juntas. Y si la Rosa os atrae, Rosa es, pues, su lábio; y si la Azucena os arrebatara, Azucena es su corazón; y si la Violeta os deleita, Violeta es su rostro modesto, humildísimo. Y los dulces céfiro, los encontráis en su aliento de Paraíso; los melodiosos concantos, en su voz suave; los sabrosos manjares, en aquella miel y en aquella leche, que se esconden debajo de su lengua. ¡Ah! corramos, pues, mis amados hermanos, corramos á las plantas de María, para implorar de Ella, que presto nos conceda la gracia de poder contemplarla con saciedad y seguridad en el trono de su inmortal gloria, en el Paraíso.

¡Oh, sí, Madre nuestra santísima! nosotros imploramos esa gracia de vuestro corazón maternal. Demasiado bello es ese corazón para que no deseemos contemplarlo pronto, en su extraordinaria belleza! Aparezcan, pues, oh ¡María! ante nuestros ojos aquellas exteriores bellezas vuestras; aquella mirada que encanta, aquella frente que enamora, aquel semblante que arrebató; aquella belleza que consuena. Muéstrase presto, muy presto, á nuestras almas, aquella belleza espiritual, que hirió el corazón mismo de Dios; aquella belleza que no tiene semejante entre las criaturas; aquella que forma el mas bello ornamento de los Cielos! ¡Ah! si en este momento pasáramos á admiraros en el Paraíso, ¿qué alegría no viniera á inundar nuestros corazones? qué torrente de consuelo no se derramaría en nuestras almas? ¡Oh! concedednos, Madre nuestra amorosísima, una firme esperanza de ir, sinó desde luego, al ménos pronto, á participar de tanta alegría, de tanto júbilo, de tan extraordinario contento! No ignoramos que las culpas y los pecados son los únicos obstáculos que pudieran impedirnos la vista de vuestras sobrehumanas bellezas; mas, esas culpas las hemos ya detestado, y volvemos á detestarlas ahora, resueltos á no darles más cabida en nuestro corazón. Haced, pues, que nuestras promesas sean estables; y de esa suerte, seguros estamos de llegar á la meta de nuestros ardientes deseos.

DIA TREINTA.

EL RANÚNCULO,

Ó SEA:

MARÍA, MADRE Y VIRGEN.

Ecce Virgo concipiet et pariet filium.
La Virgen concebirá y parirá un hijo.
(ISAÍ, VII, 14).

Deslumbrada todavía mi mirada, y extática mi mente por aquella sobrenatural belleza, de que, en la tarde de ayer, vimos adornarse el místico Tulipán, en el misterioso jardín Mariano; mis ojos, casi involuntariamente, por decirlo así, se fijan en el misterioso Ranúnculo. Apenas lo he visto, y ya siento crecer mi asombro, mi extásis y mi estupefacción. Plantada dicha flor, y multiplicada por centenares, junto al gracioso Tulipán, empiezo á contemplarla con ansiedad; y si por un lado me atrae su vivo esplendor y la variedad de sus colores, sorpréndeme, por otra, no sé qué prodigio que me induce á creer, que aquellas graciosas florecillas pertenecen á diversas especies, á diversos géneros, á diversa familia. Al observar que la una crece solitaria sobre su tallo, que la otra permanece inclinada sobre el suelo, y que esotra se me aparece simplicísima en sus pétalos; la una se halla adornada de un prodigioso número de hojas, la otra se me muestra bajo la forma de una espiga abundantísima, la de allá, por último, se reviste á manera de una deliciosa mazorca, me siento obligado á preguntar á los alados custodios de aquella maravillosa morada, el nombre con el cual se distinguen tan graciosas florecillas. Y ellos me responden: uno solo es su nombre. Hállanse todas comprendidas en un solo género, en una sola especie, en una sola familia. Ranúnculo, tal es la comun denominación que, indistintamente, les conviene. Mas ¿y esos pétalos, añado yo, en su forma tan múltiples é irregulares, y esas hojas tan distintas en su